

CRISIS EN EUROPA HOY, CRISIS EN ÁFRICA AYER

Las medidas para la reducción del déficit español en la zona euro evocan los Programas de Ajuste Estructural (SAP en sus siglas inglesas) al sur del Sahara.

Déficit, deuda, recortes, ajuste, liberalización, privatización... son palabras que se repiten hoy en algunos países europeos como Grecia, Portugal o España. Pero también, cual *déjà vu*, evocan la coyuntura de África hace tres décadas. Cabe preguntarse por qué las experiencias de entonces no pueden ser de provecho en la actualidad.

A principios de los ochenta del siglo pasado, las naciones del continente africano habían recuperado su independencia, en el caso de las más adelantadas, apenas veinte años atrás. A la mayoría, la descolonización las dejó descapitalizadas, esto es, sin los recursos económicos que habían estado en manos de los colonizadores.

En consecuencia, para empezar su andadura como estados soberanos, se vieron en la necesidad de solicitar créditos. Para devolverlos, se les aconsejó que incrementasen la producción de bienes y la exportación de los mismos.

Como la economía colonial había convertido a cada uno en casi monosuministrador de ciertas materias primas, cuando sus productos (café, té, cacao, cobre...) empezaron a llegar al mercado en grandes cantidades, los precios de dichos productos se desplomaron. Así que, aunque producían más, ganaban menos y, por lo tanto, menor era su capacidad para pagar las deudas contraídas y los intereses de las mismas.

A esta situación se añadieron las consecuencias del incremento en el coste del crudo que los productores provocaron en 1973 al subir bruscamente su precio y reducir, de común acuerdo, su oferta: una circunstancia que se conoce como «la crisis del petróleo».

Según el Banco Mundial —creado en 1944 para ayudar en la reconstrucción de Europa tras la II Guerra Mundial y destinado después a ofrecer ayuda financiera y técnica a los países «en desarrollo»—, la crisis económica que atravesaban los estados africanos tenía por causa las intervenciones gubernamentales en la economía, intervenciones cuya aplicación provocaba distorsiones y obstaculizaba la eficiencia de los mercados favoreciendo consecuentemente la creciente vulnerabilidad de dichas economías ante las presiones externas.

Para superar la crisis era necesario, al decir del Banco Mundial, estabilizar la economía, esto es, reducir el déficit y disminuir la vulnerabilidad mediante una mayor exposición a las fuerzas del mercado que aportaría la necesaria flexibilidad y la capacidad de adaptación.

Con esta finalidad se diseñaron los Programas de Ajuste Estructural (*Structural Adjustment Programmes* conocidos como SAPs) cuyas medidas tenían también un aspecto ideológico, como recuerda el economista Allast M. Mwanza en «Theory and Praxis of Structural Adjustment Programmes» (*Structural Adjustment Programmes in SADC, SAPES Trust, 1992*), pues estaban «destinadas a rebajar la participación del Estado en la economía y permitir, de este modo, que los mercados operaran con mayor libertad. La idea que subyace es que el sector privado es más eficiente y flexible que el público y, por eso, debe guiar el proceso de reestructuración económica».

Mwanza señala asimismo que los SAP, impuestos por el Fondo Monetario Internacional (FMI) —organismo especializado de Naciones Unidas que proporciona recursos financieros (créditos) a aquellos países miembros con problemas en su balanza de pagos— no solo no estaban diseñados para estimular el crecimiento económico, sino que además en las primeras etapas de su aplicación producían precisamente un decrecimiento en la mayor parte de los casos.

Algunas de las medidas incluso contribuían a la inestabilidad económica: así la devaluación de la moneda comportaba a menudo el incremento en la inflación y el descenso del valor real de los salarios y de otros ingresos, lo mismo que la liberalización de los precios. Si a esto se le añadía el recorte en los gastos del Estado, se producía un aumento de las desigualdades respecto de los ingresos.

Igualmente se primaba el sector exterior frente al interior como destino de los ingresos, que se dedicaban en su mayor parte al pago de intereses y al servicio de la deuda.

En contra de lo previsible, la deuda aumentó, tal como revela un estudio llevado a cabo durante 1991 en Malawi, Tanzania, Zambia y Zimbabwe por el Southern Africa Political Economic Series Trust y recogido en la obra arriba mencionada.

Además los SAP contribuyeron a la contracción de la economía, al aumento de la inflación y del desempleo, así como a la reducción de los ingresos y a una creciente inestabilidad económica, política y social.

Finalmente, los SAP favorecieron una distribución de ingresos cada vez más desigual y su coste recayó sobre las capas más vulnerables de la sociedad.

Treinta años después, salvando las distancias de continente y contexto, se han aplicado medidas similares a problemas parecidos con resultados semejantes.

Artículo original publicado en Suite 101